

EL ANCESTRAL MEDITERRANEO VISTO DESDE EL SIGLO XXI

Si no dudamos en aceptar que los clásicos son siempre actuales, porque traspasan el propio tiempo, las naciones y hasta las culturas, ante las pinturas de Modesto Trigo uno parece hallarse en la misma situación. Un pintor del siglo XXI que ha sabido mantenerse al margen de las modas para pintar con estilo propio, con elementos simbólicos en la más honda tradición ibérica del realismo, la misma en la que ahora tantos miran atentos, después de tantas décadas de huecas modas que caen con instalaciones escandalizadoras, los mismos que ya, después de las vanguardias del pasado siglo, apenas logran conturbar nada. Es más, se diría que él se adelanta a esas obras de los próximos movimientos que están por llegar, si atendemos a las tendencias –de vuelta ya- que parecen haberse cansado de revoluciones mil veces revolucionadas y que poco a poco o nada nuevo aportan hoy; la novedad no es la clave fundamental del arte, aunque, encontramos, sin embargo, lo nuevo en cada obra lograda, pero no tanto en su aparato exterior, en su técnica o en sus planteamientos, sino en su belleza renovada –y es que Modesto retoma el concepto clásico de belleza, algo que cada vez se reclama más- como algo sutil y profundo que hace que al contemplar sus trabajos nos lleven más allá de estos, nos hagan trascender, virtud propia de los genios que con algo limitado, como es un lienzo, nos consiguen la infinitud a través de unos rasgos, un cuerpo o un paisaje, propiciando la ensoñación y el arrobamiento. Trigo no hace otra cosa que lo que ya se ha consolidado en literatura y empieza a percibirse en la música contemporánea, que se trata de hacer obras de peso, hondas, bien hechas, al margen de si se continúa una vanguardia ya demasiado envejecida o no –los escritores actuales ya ni se preocupan de si son novedosos o no, si son modernos o antiguos- Sin embargo, podemos hallar en sus desnudos urbanos una mirada propia de nuestros tiempos, exclusiva, una originalidad que envuelve, junto a paisajes contemporáneos, las figuras clásicas; pero incluso los cuerpos no son desnudos como los de antes, sino que se perciben en ellos la visión de la belleza de hoy, el erotismo de nuestros días, senos y curvas que en otros tiempos no eran estimados como canon, con una ambigüedad implícita (mística y erótica, espiritualidad sensual), a lo cual se añaden los paisajes de Madrid al fondo, una ventana que muestra ,junto al cuerpo desnudo del ser humano, la naturaleza pura, la ciudad moderna vista amablemente, no solo como un monstruo, como una megalópolis. Este pintor gallego se hace internacional al pintar la esencia más atractiva de Madrid como fondo para la desnudez de los cuerpos humanos que se arrojan ante el espectador como una metáfora. Los claroscuros de los paisajes urbanos destacan con una pincelada que, en la evolución artística de ese autor, cada vez más suelta, más acertada y medida. El desnudo que está tumbado en el estudio del pintor no es sino un laboratorio de experimentos luminosos y coloristas, donde la luz de la lámpara es más relevante que la del exterior con la que el jardín queda levemente iluminado, con un juego de planos y cuadros, distintos estilos y ambientes, dentro del mismo marco. Y como contraste, a su obra más refinada, otra que no lo parece tanto por la temática y que es sin embargo máximamente actual por coincidir en una reivindicación de las tradiciones casi extintas, de las esencias de la tierra: desde la matanza casera del cerdo, ahora prohibida por los laberintos normativos, al vendedor de mimbres que sobrevive de los turistas que vienen a beber de la luz del Mediterráneo en las playas de Levante, unos huelgan mientras otros los de la tierra trabajan su agosto. En esta serie de oficios agónicos se destaca un famoso dulzainero, Casimiro (Morella), artesano en el que el pintor ha reflejado al artista de lo último, de aquellos sonidos que, como los que hicieron los violines de

Cremona o los Stradivarius, se han de mantener congelando el tiempo en una música que no pasa. El impresionismo, el realismo español, todo ello con las miradas, las luces del cine y de la fotografía, la sensibilidad del que habita un mundo globalizado en el quiere seguir dejando la huella al pasar, donde quiere dejar el yo en sus miradas, donde quiere, pese a los rascacielos o las masas que llegan como bandadas de aves migratorias a las playas del oriente peninsular, seguir haciéndolo habitable. Como habitable es su iconografía: cuadros de nuestro presente que nos reflejan las almas como espejos.

*Dr. Iliá Galán, Profesor de Historia del Arte
En la Universidad Carlos III de Madrid.*